

El crucifijo en la espiritualidad de San Camilo Arq. Emma Del Socorro Loza Jiménez

La cruz, con o sin el cuerpo de Cristo crucificado, fue de importancia fundamental en la vida y la obra de San Camilo. El itinerario espiritual que siguió a partir de su conversión, el 2 de febrero de 1575, a los 25 años, fue una experiencia de sufrimiento, pero a la vez de confianza y del amor que Cristo le ofrece. San Camilo hace de Cristo su modelo de vida, pero sobre todo contempla al Cristo crucificado y a Él adhiere toda su persona: un Cristo de carne, que sufre, padece hambre, que está enfermo; en resumen, que vive el calvario de la cruz. Para Camilo, los enfermos son la fuente de toda su experiencia de adhesión y seguimiento radical a Cristo: «Los enfermos son la pupila y el corazón de Dios», «más amor en esas manos, hermanos», repetía con insistencia a sus religiosos.

Casi como signado proféticamente su camino, recordamos el famoso sueño de su madre, Camila: una pandilla de jóvenes encabezada por su hijo, todos con una cruz roja en el pecho: ¿qué podían significar sino futuros delitos y castigos? El tiempo no permitirá que Camila vea la realización del sueño, que se realizó en sentido diametralmente opuesto a sus temores. Era fácil darle una interpretación pesimista. ¿Qué se podía esperar de un muchacho rebelde, un indisciplinado soldado mercenario? Sin embargo, las cosas cambian a partir de su encuentro con Dios en el camino de regreso a Manfredonia, el amanecer del día de su conversión. Desde ese momento empieza su encuentro con el crucifijo.

Necesitó tiempo para descubrir que su Cristo lo esperaba en los hospitales. El tiempo y las dificultades, además de las persecuciones que sufrió, lo ayudaron a sentir la presencia del crucifijo en su vida.

Camilo había reunido a su alrededor a algunos enfermeros y un sacerdote, con la finalidad de ofrecer un servicio generoso a los enfermos del hospital Santiago de los Incurables en Roma. El grupo acostumbraba reunirse en un cuarto de la institución, transformado en oratorio, a los pies de un crucifijo de gran tamaño que había allí.

Camilo no podía imaginar que, en vez de apoyar a este grupo que brindaba al hospital un servicio mejor, los mismos directivos lo habrían de obligar a alejarse. También San Felipe Neri, su confesor, lo conminó a terminar con «ese disparate». ¿Había que renunciar a la obra?, se cuestiona Camilo. E interviene el crucifijo. Se trata de un momento crucial en su vida. No se puede pensar que esa escena fuera sólo un sueño, ya que Camilo le dio tanta importancia. Era el mismo crucifijo del pequeño oratorio. Lo vio moverse. El crucifijo le hablaba. Le decía: «No temas, pusilánime. Sigue adelante, porque ésta es obra mía, no tuya». El Crucifijo, así, penetra en la obra y la guía. La hace suya. Los ojos de Camilo, que han visto al crucifijo en movimiento, quedan deslumbrados. Desde ese momento en adelante, Camilo verá en cada enfermo al Cristo que sufre.

Por ello, ¿cuál distintivo podía ser mejor para sus religiosos que una flameante cruz roja sobre el pecho y sobre el manto? ¿Cómo se podría dudar de la sinceridad en las palabras que el Santo quiso para la «fórmula de vida»? «Cada uno debe considerar de gran beneficio morir por el Crucifijo, nuestro Señor»? A menudo, daba el Crucifijo al enfermo para que lo besara y lo mantenía ante sus ojos. «Invoquemos –recomendaba a sus religiosos– la santísima Pasión de nuestro Señor y su Sangre derramada por nuestro bien».

Un día, el Padre Crotoni lo encontró hablando con el Crucifijo, que tenía entre las manos. «¿Qué está haciendo, Padre?» «Estoy esperando la buena noticia del Señor, “vengan aquí, benditos de mi Padre: estuve enfermo y me visitaron”». Era verdad. Camilo había encontrado y curado mil veces a ese Crucifijo, que moviera sus brazos para darle aliento, en la persona de los enfermos.

Al final de su vida encargó un cuadro del Crucifijo, diciendo que de las llagas de Jesús «debía manar mucha sangre, para que yo, viendo tal abundancia de sangre, tenga mayor esperanza en mi salud». Sin que él lo supiera, el pintor lo retrató a los pies del Crucifijo, poniendo en sus labios estas palabras: «Perdona, Señor, a tu siervo que has redimido con tu preciosísima Sangre». Cuando se vio retratado en el cuadro, Camilo quedó muy turbado, pero luego dijo: «Señor, ésta no fue mi intención, pero ya que así lo has querido, significa que debo guardar aún mayores esperanzas en tu misericordia para conmigo».

El crucifijo nos ayuda a salir de nosotros mismos, a confiar más en Él que nuestras propias posibilidades: «Te basta mi gracia». El crucifijo garantiza la continuidad y eficacia de nuestro anuncio y misión. El crucifijo también nos interpela y cuestiona sobre los numerosos crucificados que a diario vemos y contemplamos clavados en su lecho de dolor, soledad, abandono, enfermedad, y nos llama a trabajar por ellos. Esta espiritualidad de la cruz no es una espiritualidad pietista, *dolorista*, es una espiritualidad que nos lanza al servicio. Es una espiritualidad generadora de esperanza y de vida, es la espiritualidad pascual y de resurrección.

El crucifijo –como lo fue para Camilo–, continúa siendo el centro de nuestra espiritualidad. El servicio a los enfermos está marcado por la cruz de las incomprendiones, las hostilidades, los desánimos y las crisis. El crucifijo nos devuelve la confianza y nos confirma nuestra misión: «No temas, cobarde, sigue adelante; ésta obra es mía y no tuya».